

11—Buscando faltas

EL ENEMIGO está trabajando en aquellos que se han colocado del lado de la duda y la incredulidad; con los que no solamente no están satisfechos con hallarse en esa condición ellos mismos, sino que todo el tiempo están presionando a otros a tomar la misma actitud, pues quieren que otros creen tal como lo hacen ellos. Por la luz que Dios me ha dado, nunca hubo alguna nueva luz proveniente del cielo en la que Satanás no haya encontrado algo para criticarla. Y lo mismo ocurre con algunos de los hombres de hoy, critican cosas pequeñas. Desean la luz, pero viene el enemigo como lo hizo con los habitantes de Nazaret, y aunque el Espíritu de Dios les dijo que Jesús era el ungido, y Cristo les dijo en qué consistía su obra —quebrantar el poder del enemigo y dar libertad a los oprimidos, desatar las ligaduras de impiedad y de predicar el evangelio a los pobres (ver Luc. 4: 18)—, ellos permanecieron en la duda y en la incredulidad.

Charla impartida en Ottawa, Kansas, el 12 de mayo de 1889. Manuscrito 2, 1889.

Sin embargo, me parece que no tomamos estas cosas en serio ni aprendemos de ellas las lecciones que deberíamos aprender. Apareció la incredulidad y el diablo se aprovechó de ello y comenzó a trabajar, y empezaron a decir entre sí: «¿Quién es este? ¿No es este el hijo de José y María?». En el mismo momento en que este pensamiento surgió en sus mentes, ellos comenzaron a desarrollarlo. Y ustedes conocen los resultados. Se levantaron, se apoderaron de Cristo, lo llevaron a la cumbre del monte y trataron de eliminarlo. Ahora bien, la naturaleza humana no ha mejorado desde entonces. La naturaleza humana es todavía la naturaleza humana. Ellos le sacan provecho a cualquier cosa que pueda distraer la mente. Se puede ver en sus ideas. Lo he visto una y otra vez. Ellos —los líderes de la iglesia— están haciendo planes para la obra de Dios, tratando de crear programas que impulsen el desarrollo de la obra de Dios, pero hay alguien intenta trabar [bloquear] las ruedas. Como le dije a uno de nuestros hermanos hace poco: «Usted ha hecho más para retrasar la obra de Dios que diez o veinte de nuestros enemigos. Usted toma un punto y hace de eso algo maravilloso; usted ha mantenido ocupada a la comisión durante horas en asuntos que no son importantes, solo para arrojar un obstáculo que trabe la rueda, y el tiempo desperdiciado y los buenos acuerdos que deberían haberse alcanzado se han perdido. Usted llega y ellos piensan que usted es un buen hombre, una persona decente y que lo que usted dice está correcto, pero cada vez usted presenta algo desconcertante, ellos quedan turbados por sus opiniones, y por causa de ese obstáculo no se hace nada de lo que se debió haber hecho”.

Los errores de Minneapolis no deben repetirse

Hermanos, les digo que cuando el Espíritu de Dios se manifieste en medio nuestro, impresionará las mentes que estén dispuestas a recibirlo. Pero si sus

mentes no se hallan listas para recibirlo, entonces estarán prestas para juzgar al mensajero y las palabras que ha pronunciado. En vez de acudir a Dios y pedirle que les dé un nuevo corazón y una nueva mente, para que la influencia transformadora de la gracia del Señor sea con ellos, comienzan a buscar faltas y defectos. El Espíritu Santo no los impresiona, pues no está en sintonía con las ideas de ellos, y se mantendrán en esa conducta hasta que no se resuelvan sus problemas, pues se creen con el derecho de juzgar. Así ocurrió en Minneápolis.

Reconozco que el mismo espíritu se ha manifestado aquí, y que no debemos darle lugar ni por un momento entretanto digo estas cosas. Sé que mientras el Espíritu de Dios impresionará nuestras mentes, el enemigo vendrá y sacará el mayor provecho posible a cualquier pequeñez, y la levadura comenzará a obrar porque el diablo así lo quiere. Ahora, hermanos y hermanas, quiero prevenirlos. Deseo preguntarles si están satisfechos con su frialdad, con su falta de fe, con sus rebeliones. ¿No han tenido suficiente? Si no, el diablo les dará todo lo que ustedes quieran. No queremos más.

Nosotros no nos hallamos en mejores condiciones que el pueblo de Israel. Dios les dio la luz para que pudieran presentarse como su pueblo santo, especial. Él les envió a los profetas. El mismo Cristo vino a fin de poder presentarles la verdad. Pero cuando su propia nación lo rechazó, él se marchó y les dijo: «Tienen oídos y no oyen, que tienen ojos y no ven» (Jer. 5: 21). Luego ellos preguntaron: «¿Acaso también nosotros somos ciegos?». Cristo dijo: «Si fuerais ciegos no tendríais pecado, pero tenéis porque la luz ha llegado y elegisteis más las tinieblas que la luz» (Juan 9: 40, 41). ¿Fue una verdadera oscuridad? No, no lo era. La luz de la verdad había brillado sobre ellos, pero Satanás los encegueció y ellos no la recibieron.

Hermanos, hay una bendición a su disposición. Puede parecerles extraño que les hable de estas cosas, pero es mi deber. No queremos que esto se repita de nuevo en el pueblo de Dios, y si Dios me da fuerzas, lo haré. Quiero que se pregunten: «¿Cómo está mi alma?». ¿Recibirán la luz, o permanecerán quejándose? Es hora de que sepamos dónde estamos. Deberíamos tener la oportunidad de orar, hablar y buscar a Dios. Lo que queremos es al Señor y nada más. Pero lo tenemos aquí en estas palabras de Zacarías. Josué estaba delante de Jehová, y Satanás estaba allí a su mano derecha para acusarlo. Dios dijo: «¡Jehová te reprenda! [...]. ¿No es este un tizón arrebatado del incendio?» (Zac. 3: 2).

Sin embargo, aquí tenemos el pueblo de Dios. El Señor quiere que ustedes se alisten para el gran día de salvación, y que puedan preparar a otros. Él quiere que se preparen, que tengan un mensaje para el pueblo que se abrirá paso a través del corazón de carne, y que giman entre la entrada y el altar: «Perdona, Jehová, a tu pueblo, y no entregues al oprobio tu heredad» (Joel 2: 17). Ahora, abran sus oídos a la verdad que han escuchado y pongan a un lado sus dudas, incredulidad y sospechas no cristianas.

Lo que Dios quiere darnos

Dios quiere que vengan y beban de las aguas cristalinas de los arroyos del Líbano, y cuando por sí mismos hayan bebido, querrán llamar a otros a beber. Me fueron presentados converso tras converso que no saben lo que es tener fe en Cristo. Parecería que están listos para morir, no hay luz en ellos, están muriendo por la falta de Dios.

Fui a una reunión en la que me podía quedar solamente tres días, y en ese tiempo les prediqué en siete ocasiones. Me rogaron que me quedara más tiempo, parecían hambrientos, y se levantaban y hablaban de cuánto deseaban esta verdad y esta luz, pero el diablo estaba dispuesto a realizar su obra para apagar la luz, y muchos están prestos a permitir que así suceda. Ellos no saben qué es una atmósfera pura; pero ¡ojalá que el Señor nos ayude a estar rodeados por la luz de su gloria! ¡Qué Dios nos ayude a obtener una posición ventajosa frente al enemigo a fin de que tengamos nuestras mentes separadas de las cosas de abajo y aferradas a las de arriba!

Cristo, al hablar con la gente de su tiempo, le dijo que habían cegado sus ojos y cerrado sus oídos para que no vean con los ojos ni oigan con los oídos, y se conviertan y que él los salve (ver Mat. 13: 15). Se les había dado la luz, pero no querían recibirla. Las tinieblas estaban sobre ellos; vinieron y buscaron los pequeños defectos y alejaron las mentes del pueblo de la verdad solemne que era para ellos. Ahora, ¿qué en cuanto a nosotros? No queremos matarnos aquí trabajando por ustedes, pero ¿acaso trabajarán a favor de ustedes mismos? Queremos saber si la gran bendición del Señor descansará sobre nosotros y si nos daremos cuenta de que Dios ha derramado sobre nosotros su rica luz y gloria. Esta es mi oración.